



# CONFUSIÓN

Hablo con las gentes que viven aquí, entre estas montañas asturianas que se miran en el mar, y las veo, en general, o al margen de la grave lucha que se acerca para España y para sus clases todas, o lo que es peor, distraídos, sobre todo si son obreros, en luchas intestinas de bandería. El espíritu banderizo hace que no se pueda formar ese que algunos llaman el frente único. Para lo cual falta acaso — como lo he oído aquí — una frente única.

Es la tendencia a la heterodoxia, a la herejía, a la división y subdivisión en sectas, al conventículo. No individualismo, no, como suele decirse. El individualismo supone individualidad, y una fuerte individualidad no busca el apoyo del pequeño grupo, del conventículo, del cotarillo. Se cree que el anarquismo o acratismo es el caso extremo del individualismo, de la atomización, y se da, sin embargo, la paradoja — esta sí que lo es! — de que sean muchas veces antiguos anarquistas o ácratas, antiguos ultraindividualistas, los que dan fermento y calor al sindicalismo, que es donde se absorbe la individualidad y domina el espíritu rebañego. Y es que a las veces sucede que esos ácratas lo son para sí mismos; no toleran quien les mande, pero necesitan satisfacer el deseo de mandar a los demás.

¡Reformistas, republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas, anarquistas..., qué sé yo! Y dentro de cada una de esas denominaciones aun hay grupitos y subgrupitos, sus conventículos y conventiculillos. Y uno no les oye hablar, no ya de un ideal común, de un ideal de libertad, de democracia, de justicia, que pudiera juntarlos, aunque sin confundirlos a todos, mas ni siquiera de un problema concreto — y un problema concreto es de momento y nacional — en que pudieran unirse para plantearlo.

Estas divisiones y subdivisiones obedecen a varias causas. A motivos puramente personales algunas veces, a fulanismos, pero más aún a la tendencia a la secta, a la poca consistencia de un partido cuando se hace muy numeroso, y al desengaño. Los que esperaron ingenuamente la instauración de una sociedad nueva, de un

nuevo régimen político y social, bajo una determinada bandera y una determinada fórmula, cuando ven lejano el que llaman triunfo, acójense a otra bandera y otra fórmula. ¿Otra? ¿Habrá quien sepa explicaros debidamente en qué se diferencia en España doctrinalmente lo que sus adeptos llaman comunismo de lo que ha venido llamándose socialismo? ¿Acaso en una actitud, por fuerza platónica, respecto a la revolución rusa?

Es curioso, y es a la vez triste, muy triste, que cuando la clase proletaria española si se uniese acabaría muy pronto con esa laceria sangrienta y sucia de la guerra de Marruecos y con todas las vergüenzas que ella tapa y protege, esté esa clase dividida por si se acepta o no la dictadura doctrinal de Moscou.

Los mineros de tal sitio, se me dice, son, en su mayoría, socialistas; en cambio entre los metalúrgicos predominan los sindicalistas. Y luego llevo a averiguar que hay quien pretende pertenecer a la vez a uno y otro grupo, o se pasa del uno al otro con la mayor facilidad. Y acaba uno por darse cuenta de que entre unos y otros grupos no hay más diferencia doctrinal que entre un equipo y otro equipo de foot-ball. Les diferencian los colores. Y a lo sumo la cotización. A los que cotizan.

De esto de la cotización hay que tratar despacio. Es el nervio de todo el problema. El adherido, el verdadero adherido, es el cotizante. Por la cuota se mide la fe. Y la cuota no es siempre espontánea ni muy voluntaria. Afiliado no quiere decir más que cotizante.

Habría circunscripción en que frente a candidatos socialistas se presentarán otros comunistas, dicen que para hacer un recuento de fuerzas mas en rigor para estorbar la acción de sus fraternales adversarios de hoy, compañeros de ayer. Lo que no se ve es preocupación sincera por los graves problemas políticos — los llamados sociales son políticos también — que se le presentan a España.

Los que se dicen apolíticos, por su parte, se aprestan a intervenir individualmente, uno por uno, en la lucha electoral; pero para aumentar aun más la confusión.

A muchas de estas gentes se las nota frías e indiferentes cuando se les habla del grave pleito de justicia que nos amarga a todos, y tan sólo se encienden cuando hablan de sus divisiones intestinas. ¡Y hay que ver con qué calor discuten si son más o menos que los otros, si tienen más o menos fuerza cotizante que ellos! Todo es deporte.

Miguel de UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA